

## Los Disidentes (2)

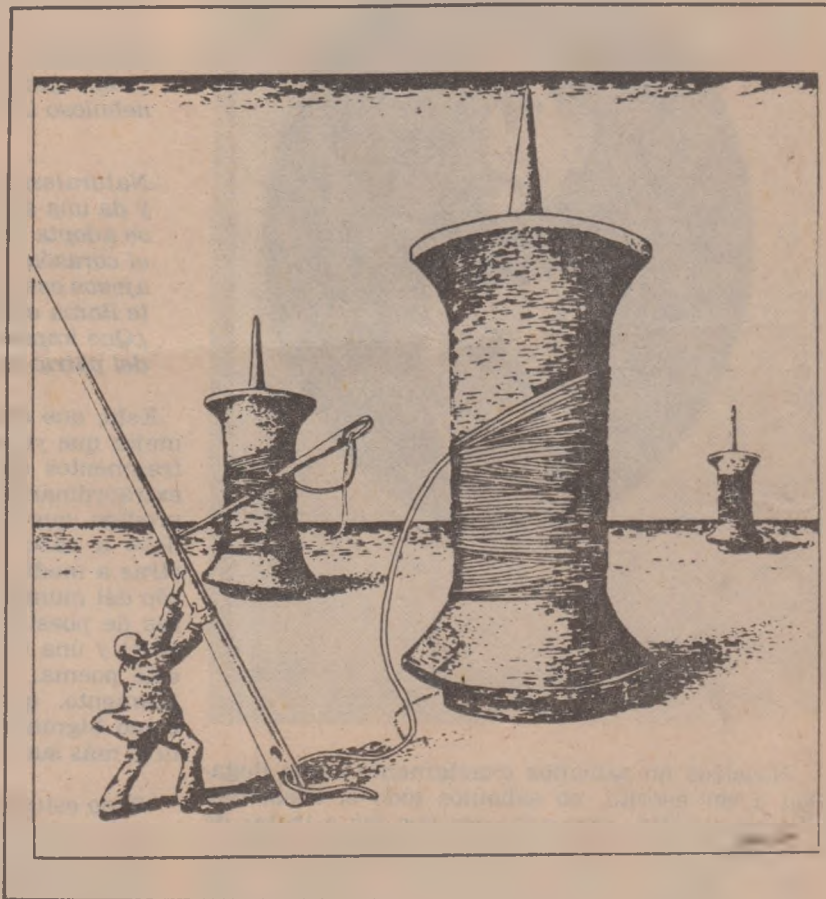
## La Sacralización del Intelectual

Angel Rama

**A**L iniciar su revista *Kontinent* en 1974, órgano del grupo disidente ortodoxo conservador, Vladimir Maximov afirmaba *urbi et orbe*: "Por primera vez en la historia de nuestro planeta, la situación es tal que en todos los países en que el "socialismo ha triunfado", en que reina al fin "la libertad, la igualdad y la fraternidad", desde China a Cuba, las obras literarias que están en contradicción con las directivas ideológicas del aparato dirigente, son castigadas como crímenes de derecho común. El libro se transforma en pieza de convicción, en pieza de culpabilidad, un acto criminal que da motivo al castigo".

Es otra vez la extrapolación anotada y la confusión entre Occidente desarrollado y subdesarrollado: las represiones militares de derecha en América Latina pueden estar descritas en ese texto, y aún pálidamente, dado que ni siquiera necesitan de un libro como pieza de inculpación, zanjando el problema con el asesinato del autor a manos de grupos ilegales e inominados que se encargan de las faenas sucias. Por lo tanto la argumentación de Maximov sólo cuenta respecto al enfrentamiento dicotómico entre Occidente desarrollado y Unión Soviética, y podría formularse entonces así: "¿Por qué en un país como Estados Unidos, que tiene similar población a la URSS, o sea unos 250 millones de habitantes, es posible publicar cualquier libro contra el sistema en las insignificantes tiradas de tres, cinco y diez mil ejemplares, sin que ni siquiera lleguen a enterarse las grandes redes de comunicación masivas o lo comenten parsimoniosamente, mientras en la Unión Soviética el mismo escritor opositor sólo puede recurrir al *samizdat* de diez a quince copias a máquina y por eso padece años de deportación, trabajos forzados o expulsión del país?" Es una pregunta que otros muchos se han hecho.

De ella los disidentes han extraído una curiosa sacralización de la literatura, aun el muy lúcido Abram Terz (Andrei Sinlavski) en su examen de "El fenómeno literario en Rusia" Desarrollando una idea de Mandelstam, afirma que "toda la actividad del escritor —incluso cuando no tiene ninguna relación con el poder— está prohibida y censurada y es de hecho en esta ilegalidad que reside toda la pasión y todo el problema del oficio de escritor".(1) Es sintomático que sacralizaciones parecidas se hayan producido en América Latina, donde el escritor ha sido asimilado al héroe o al dirigente político y este destino haya sido para muchos más codiciado que el "trivial de escribir buenas obras litera-



Sin duda es un instrumento eficaz de la sociedad y puede ser aplicada a múltiples cometidos, pero mucho más importante que la función proselitista (que debemos a una infausta traslación a la literatura del concepto leninista de la "partijnost" referido a los materiales políticos, combinándolo con la "tendenciosidad" engelsiana) en su función de religación que sirve a la creación del imaginario colectivo. Sin paradoja, su fuerza deriva de que es contagiosa para quienes ya han contraído la enfermedad, haciendo de ésta otra cosa: un sentimiento colectivo. No de otra manera operan los órdenes simbólicos de la cultura. Es contra tal función religadora que opera la censura, lo que nos conduce a la pregunta (que hemos traducido) de los disidentes.

Para situarla, hay que partir, honradamente, de la universalidad de la censura, respondiendo a que todos los sistemas político-sociales son, en mayor o menor grado, represivos, se sostienen sobre un aparato de leyes, códigos, tradiciones o poderes de tipo coercitivo, que puede ser universal (no se autoriza el matrimonio del hijo con la madre) o particular (no se autoriza la apropiación de los bienes del vecino o de los bienes del Es-

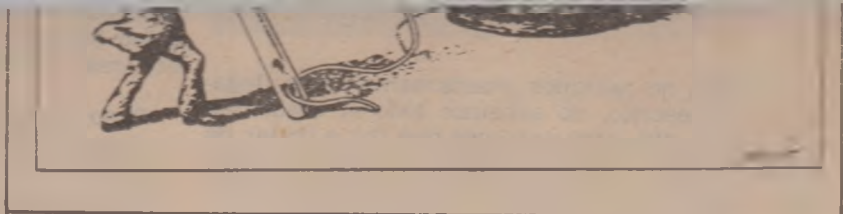
mismos disidentes. La coherencia y firmeza del sistema no respondería, entonces, a una internalización de sus normas por parte de los ciudadanos, como ocurre en el Occidente desarrollado, sino únicamente a la extrema coacción del sistema represivo que actúa externamente desde lo alto, el cual, por eso, se ve imposibilitado de conceder el menor margen de discrepancia sin poner en peligro su propia supervivencia. Cosa que en cambio el sistema unidimensional de Occidente, como diría Marcuse, habría solucionado, provisoriamente.

Sobre todo, porque cuando se leen las demandas que presentaron estos disidentes, ahora que buena parte de ellos ha sido expulsada y ha publicado sus textos en Francia, no se puede sino percibir ese anacronismo de que habla Kristeva en su artículo: "La disidencia parece ser, en primera instancia, un fenómeno anacrónico, ataca las carencias básicas de libertad que el Occidente liberal ha aprendido a consumir por el juego de la concurrencia y de la oposición; opera mediante transportes incontrolados que fácilmente se asimilan a la fe y a la religión que el Occidente reacional se ha acostumbrado a analizar". En efecto, los hombres venidos

representación de Maximov sólo cuenta respecto al enfrentamiento dicotómico entre Occidente desarrollado y Unión Soviética, y podría formularse entonces así: "¿Por qué en un país como Estados Unidos, que tiene similar población a la URSS, o sea unos 250 millones de habitantes, es posible publicar cualquier libro contra el sistema en las insignificantes tiradas de tres, cinco y diez mil ejemplares, sin que ni siquiera lleguen a enterarse las grandes redes de comunicación masivas o lo comenten parsimoniosamente, mientras en la Unión Soviética el mismo escritor opositor sólo puede recurrir al *samizdat* de diez a quince copias a máquina y por eso padece años de deportación, trabajos forzados o expulsión del país?" Es una pregunta que otros muchos se han hecho.

De ella los disidentes han extraído una curiosa sacralización de la literatura, aun el muy lúcido Abram Terz (Andrei Sinjavski) en su examen de "El fenómeno literario en Rusia". Desarrollando una idea de Mandelstam, afirma que "toda la actividad del escritor —incluso cuando no tiene ninguna relación con el poder— está prohibida y censurada y es de hecho en esta ilegalidad que reside toda la pasión y todo el problema del oficio de escritor".(1) Es sintomático que sacralizaciones parecidas se hayan producido en América Latina, donde el escritor ha sido asimilado al héroe o al dirigente político y este destino haya sido para muchos más codiciado que el "trivial de escribir buenas obras literarias". Se trata en ambos casos de respuestas fuertemente ideologizadas a situaciones de persecución que entablan los poderes contra los escritores y también de subrepticias y románticas compensaciones para la muy real soledad e ineficacia del escritor en la escena política, que es más dominante y vasta que la escena literaria. Donde tales cosas no ocurren, la visión del escritor está tenida de un cierto escepticismo melancólico: las mayores injurias literarias contra el presidente Johnson y su esposa (famosas en su momento) no provocaron la menor alteración de las cotizaciones bursátiles y ni siquiera alteraron demasiado su apreciación pública. En la misma América Latina, Juan Gelman ha razonado que ningún endecasílabo ha puesto fin a la vida de un dictador. Pero como son los escritores los que hablan de los escritores, bien pueden reiterar los mismos encumbramientos con que ya Homero celebraba el poder y la divinidad de los poetas. Salvo que ahora son presos de sus propias invenciones, pues a ellos ha cabido la resurgencia actual del culto de los héroes que practicó el XIX, y, como ya anotaba Bernanos, nadie se resigna al desconsuelo de no ser héroe ni santo.

No estoy descreyendo de la literatura sino tratando de situarla objetivamente dentro del campo cultural.



Sin duda es un instrumento eficaz de la sociedad y puede ser aplicada a múltiples cometidos, pero mucho más importante que la función proselitista (que debemos a una infausta traslación a la literatura del concepto leninista de la 'partijnost' referido a los materiales políticos, combinándolo con la "tendenciosidad" engelsiana) en su función de religación que sirve a la creación del imaginario colectivo. Sin paradoja, su fuerza deriva de que es contagiosa para quienes ya han contraído la enfermedad, haciendo de ésta otra cosa: un sentimiento colectivo. No de otra manera operan los órdenes simbólicos de la cultura. Es contra tal función religadora que opera la censura, lo que nos conduce a la pregunta (que hemos traducido) de los disidentes.

Para situarla, hay que partir, honradamente, de la universalidad de la censura, respondiendo a que todos los sistemas político-sociales son, en mayor o menor grado, represivos, se sostienen sobre un aparato de leyes, códigos, tradiciones o poderes de tipo coercitivo, que puede ser universal (no se autoriza el matrimonio del hijo con la madre) o particular (no se autoriza la apropiación de los bienes del vecino o de los bienes del Estado, según los casos). Es impensable un Estado que no sea represivo y solo encarando su extinción visualizaron los utopistas una sociedad no represiva. Por lo tanto el problema no es la censura sino el margen de tolerancia con que actúa, tanto vale decir, qué fuerza tiene la adhesión de la sociedad, expresa o tácita, a las normas que la rigen, pues de ella deriva la aceptación que confiera a los derechos a expresarse de los opositores a tales normas. La disidencia, como veremos, responde a plurales doctrinas, pero coincide en definir la situación de las sociedades del socialismo real como extraordinariamente tensa. Aunque su base es presentada como escéptica, apática, descreída del sistema, casi ninguno está dispuesto a convocarla a un papel protagonista. Roy Medvedev, que sólo aspira a una democratización, sin modificar el sistema, habla de "prevenir todo brote incontrolado de descontento en las masas populares" y Leonid Pliutch, que en cambio busca su transformación, dice que las masas están "tan atrasadas y desorganizadas que el movimiento se transformaría en rebelión antidemocrática y sangrienta". Y el lógico Alexander Zinoviev habla de una sumisa autodestrucción, carente de capacidad para discriminar críticamente, lo que para él incluye a los

mismos disidentes. La coherencia y firmeza del sistema no respondería, entonces, a una internalización de sus normas por parte de los ciudadanos, como ocurre en el Occidente desarrollado, sino únicamente a la extrema coerción del sistema represivo que actúa externamente desde lo alto, el cual, por eso, se ve imposibilitado de conceder el menor margen de discrepancia sin poner en peligro su propia supervivencia. Cosa que en cambio el sistema unidimensional de Occidente, como diría Marcuse, habría solucionado, provisoriamente.

Sobre todo, porque cuando se leen las demandas que presentaron estos disidentes, ahora que buena parte de ellos ha sido expulsada y ha publicado sus textos en Francia, no se puede sino percibir ese anacronismo de que habla Kristeva en su artículo: "La disidencia parece ser, en primera instancia, un fenómeno anacrónico: ataca las carencias básicas de libertad que el Occidente liberal ha aprendido a consumir por el juego de la concurrencia y de la oposición; opera mediante transportes incontrolados que fácilmente se asimilan a la fe y a la religión que el Occidente racional se ha acostumbrado a analizar". En efecto, los hombres venidos del frío han repuesto en este declinar del siglo XX, una temática religiosa que expresan en términos que las propias instituciones han dejado de frecuentar. La citada revista *Kontinent* estableció como principio central "un idealismo religioso absoluto" y las concepciones políticas de Soljenitsy están impregnadas del milenarismo religioso del siglo pasado, evocándonos a pensadores como Sinoviev o Berdiáev, dados por desaparecidos en Occidente.

(Habría que agregar que ha habido una generalizada convergencia en la última década: parecía imposible que se presenciaran guerras de religión (en Irlanda, en Irán) en esta época; era imprevisible la modernización de los países árabes bajo el estandarte del Profeta; la reactivación de los nacionalismos asumiendo la máscara de auténticas religiones y su misma virulencia, tampoco estaba prevista; y mucho menos que el "socialismo real" lograra devolver el proletariado que, para los pensadores religiosos, había sido la penosísima pérdida de la Iglesia en el XIX, al seno maternal del catolicismo. Quizás sea el libro de Voltaire, *De la tolerancia*, el anacrónico hoy día.)

1. Abraham Terz, "Le phénomène littéraire en Russie", *Kontinent*, N° 1, Paris, Gallimard, 1975. ★